

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 817 Alicante 7 de Agosto de 1886. Año XVII.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

LA IGLESIA ES PARA LA SOCIEDAD CIVIL
LO QUE PARA EL CUERPO EL ALMA
RACIONAL.

(Continuacion.)

A alguno parecerá tal vez dura la comparación que nos ha dado motivo para discurrir hasta aquí, porque parecerá innoble para la sociedad civil ó el Estado, ser á modo de cuerpo y que la Iglesia se halle en el lugar del alma racional. Empero, ¿qué le hemos de hacer si la cosa es así? La naturaleza de las cosas, cuyo ser no depende de nosotros, debe admitirse segun és. El hombre debe contentarse con ser hombre, y por naturaleza, inferior al ángel; ni de mal talante sufrir debe la mujer ser tal y hallarse sometida al hombre. Es preciso admitir la sociedad civil

segun es, y no fingírsela como no es, imitando la necesidad de los modernos sabios, los cuales, para librarse de todo temor á la vida futura, y de todo remordimiento de conciencia, niegan las verdades de hecho, v. gr., la existencia de las causas finales, la inmortalidad del alma, y áun la existencia de Dios. Estas son locuras en toda regla; porque los dementes juzgan ser lo que no son, airándose contra los que quieren persuadirles de que son lo que son.

Por el contrario, la doctrina expuesta es una fuente de alegría y de gloria sincera. Realmente la conexión en las cosas hállase ordenada á la ulterior perfección de lo ménos perfecto, como se observa en las plantas y como se nota en el enlace de las generaciones de los animales. Así el alma humana, uniéndose al cuerpo humano, lo hace participante, de su altísima dignidad. El

Verbo divino, asumiendo en Cristo la naturaleza humana, hizo la participante, con la unidad personal, de una excelencia infinita. ¡Cuán sublime concepto no es este, si se aplica á toda la economía del orden moral y del sobrenatural! La unión de la Iglesia á la sociedad civil dá á esta fuerza, valor, dignidad, y la duración procedente de un principio íntimo de inmortalidad, que sin la Iglesia de ningun modo existiría.

Escosa palmaria por sí misma. Realmente la Iglesia, informando á la sociedad civil, une las mentes y los corazones de los socios con el vínculo de la verdad y del amor; hace paterno el supremo poder social; hace obedientes y amorosos á los súbditos; los liga entre sí, haciéndoles cumplir recíprocamente sus deberes y respetar los derechos, floreciendo todas las virtudes que hacen á la sociedad amada y pacífica, manteniéndola en el camino del progreso verdadero. Decimos *verdadero*, porque, así como la perfección del hombre no consiste sólo en la salud del cuerpo, y en el bienestar de la parte sensitiva, sino que para ella de modo potísimo se requiere el bienestar de la parte superior racional, la perfección de la sociedad no estriba sólo en adelantar en los bienes materiales y del sentido, sino principalmente en las virtudes de la mente y del corazón. Todo se debe medir por el fin. Así como una casa, no

sirviendo para habitación de los hombres, no podría llamarse buena aún siendo de oro, no es buena una sociedad que tampoco está ordenada al fin para el cual está creado el hombre, y para el cual ha querido Dios á la sociedad, aún cuando abunde mucho en bienes materiales y terrenos.

No hay tiempo que perder. Quien quiera cooperar á salvar la sociedad de la inminente ruina que le viene preparando la rebelión á la Iglesia, debe defender estas doctrinas que nos presenta la sabiduría de León en su Encíclica. A tal propósito séanos permitido concluir el artículo con la narración de un hecho reciente. En el último Jueves Santo, en el aula de un colegio de jóvenes nobilísimos, se preparó la mesa para doce pobres. Los jovencitos, después de lavarles los pies, servíanles con increíble amor y diligencia. La sonrisa de la gratitud florecía en los labios, y una lágrima de ternura se veía caer de los ojos de los pobres. El superior, teniendo al lado uno de los más ardientes y conocidos liberales de Italia, que para visitar á jóvenes parientes suyos hallábase allí, se presenta en el umbral. El liberal, se dirige al superior diciendo: ¿qué cuadro es este? ¿Qué se hace aquí? El superior contestó humildemente: «resolvemos la cuestión social.» Quedó aquel enteramente penetrado de la inmensa significación de tales pa-

labras, é inclinando la cabeza en señal de aprobación, respondió: ¡Tiene usted razón! Este sería el único modo eficaz; hemos equivocado el camino. Tal es la sustancia del hecho, que nos contó un jóven del mismo colegio.—Es cosa cierta que si queremos salvar la sociedad y resolver la cuestion social, debemos volver á los piés del Vicario de Jesucristo diciéndole: *¿quid vis nos facere?* Abre los brazos; nos indica el Evangelio, quiere que las sociedades civiles estén informadas por la verdadera caridad de Jesucristo, y que se hallen animadas por el espíritu de la Iglesia. Así serán salvas y felices: ¡de otra manera, no!

(De *L' Civiltà Cattolica*, correspondiente al dia 5 de Junio de 1886).

NOS EL DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y RODRIGUEZ,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica Obispo de Orihuela, preconizado Arzobispo de Santiago de Compostela, caballero gran cruz de la real y distinguida orden americana de Isabel la Católica, del hábito de Santiago, etcétera etc.

Al Clero y fieles de esta Diócesis, salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Amadísimos hermanos é hijos nuestros: Hallámonos ya al fin en

medio de vosotros, lleno el corazón de santas impresiones, despues de haber cumplido el sagrado deber, que Nos llevó á la Metrópoli del Catolicismo. Todas las fatigas y molestias inseparables de tan largo viaje, que, gracias á Dios y mediante vuestras oraciones, hemos terminado con toda felicidad, nada Nos parecen, y las damos por bien empleadas, con haber tenido la dicha de ver al Vicario de Cristo en la tierra, el gran Pontifice Leon XIII, quien con interés de verdadero Padre nos preguntó por esta parte del rebaño de Cristo, que había confiado á nuestra solicitud. Le dimos cuenta de nuestra ministerio pastoral, y le hablamos de vuestra fé y de vuestra religiosidad acendradas, presentándole la piadosa ofrenda (1) que, á fuer de hijos amantísimos destinábais á sus modestas necesidades y á las innumerables de la Santa Iglesia. ¡Cuánto la agradeció, A. H. N., y cuán conmovido se mostraba al considerar aquellas y al describirnos su presente situación! Cuán afectados Nos sentimos!: y cuánto os afectaríais tambien vosotros, si os fuese dado contemplar su venerable y simpática figura, y oir su inspirada palabra!

No está en nuestra mano ni en la vuestra poner límite á su aficción,

(1) Treinta y ocho mil reales.

ni podreis remediarla de otro modo que haciendo llegar de tiempo en tiempo á sus sagradas manos el óbolo de vuestra caridad, y dirigiendo sin intermisión al Cielo fervientes súplicas, para que el Señor en cumplimiento de las divinas promesas, salve y conserve incólume á su Vicario. Así corresponderéis al amor que os profesa, y á las paternas bendiciones, con que, por nuestro conducto, os ha favorecido.

Nada más sobre esto, porque otro objeto tiene la presente carta pastoral. Fácilmente lo habreis adivinado.

Cuatro años ván corridos, Amados hijos nuestros, desde que con muestras de entusiasmo señaladísimas, indescriptibles, que jamás podremos olvidar, fuimos recibidos en esta noble ciudad de Orihuela: repitiéndose luego demostraciones parecidas en la Capital de esta provincia, y más tarde en el resto de las poblaciones de la Diócesis, cuando Nos fué dado visitarlas. Y como tales pruebas de respeto y de consideración afectuosa no podían ser motivadas por nuestras cualidades personales, sino que eran espontánea manifestación de la religiosidad de los pueblos, bendecíamos al Señor, que así conserva en ellos, en medio del indiferentismo de nuestros días, los sentimientos de fé y de piedad más acrisoladas, y nos sentíamos consolados y fortalecidos trás de pasadas tribulaciones, que soportadas

con paciencia han debido labrar nuestra mejor corona.

No que en el suelo privilegiado de esta Diócesis hayamos encontrado un verdadero paraíso; pues que los sinsabores y adversidades son triste patrimonio de los destinados al cargo episcopal, formidable, al decir del Tridentino, áun á los hombres angélicos. Comprobado vemos cada día el presagio del divino Salvador: «*In mundo pressuram habebitis;*» y fuerza es para alentarse tener presentes las palabras que le siguen: «*Sed confidite, ego vici mundum.*»

Y ¿quién no lo echa de ver? Porque ¿dónde está el Prelado, por sábio, por prudente, por virtuoso que sea, que logre gobernar á gusto de todos, y complacer y satisfacer á todos; especialmente hoy, cuando con tanta lijereza se nos juzga, osando cualquiera erigirse en juez infalible de nuestros actos, sin oírnos siquiera, y cuando por altas y sagradas consideraciones no siempre nos es lícito justificarlos?

No habíamos encontrado aquí, pues, un paraíso, volvemos á decir, porque ni lo hay sobre la tierra, dada la miserable condición humana, que cada día se empeora. Pero, á vuelta de todo, viviamos en cuanto cabe satisfechos y contentos, ya que en medio de la angustia, que alguna vez Nos ocasionaban inconsiderados procederes, si por acaso Nos

ocurría comparar esta Diócesis con algunas otras, notábamos al punto á favor de la nuestra muy es'imables ventajas.

Pero el príncipe de los pastores Cristo Jesús, que con designios de misericordia por la voz de su augusto Vicario Nos había traído aquí, dueño era de trasladarnos á donde le pluguiese; y con efecto así lo ha hecho, promoviéndonos á la ilustre silla Metropolitana de Compostela, sin mérito alguno nuestro, y por designios también adorables, que no Nos es dado escudriñar.

Irémos, pues, A. H. N., á cumplir nuestro destino providencial, sin fantasear tampoco, empero, que hayamos de encontrar allí el paraíso perdido. Vosotros, Clero y pueblo, Nos habeis enviado nuestros plácemes mezclados con muestras de pesar, que por lo general creemos sinceras y que agradecemos de lo íntimo del alma. Gracias damos á todos por medio de este escrito, ya que nos sea imposible contestarlas individualmente. Justo es tributároslas, y cumplimos hoy este deber sagrado. Por lo demás, ¿quién puede remover el misterioso velo de lo porvenir? Quién sabe si en vez de acariciar hermosas ilusiones de reposo y bienandanza, habríamos más bien de exclamar, como en ocasión análoga San Pablo: *Se nos ha abierto una puerta grande y espaciosa*, (de fatiga, se entiende, y de trabajo?;

y puesto que no tengamos que añadir como él: *y los adversarios muchos*, ¿podrémos prometernos no haya de haber algunos en el nuevo campo de nuestro ministerio?

Irémos obedientes á la voz de Dios y siguiendo fielmente nuestra vocación santa, á la nueva heredad, á que se nos destina; y al haber de aplicarnos en nombre del Señor con solícito afán á su cultivo, servirános de consuelo, en medio de las tareas de nuestro penoso cargo, el vernos colocado bajo los auspicios y protección del gran Patrono de España, el gloriosísimo Santiago, y hallarnos constituido custodio de aquel ínclito sepulcro, que simboliza nuestra antigua fé y lo más preciado de nuestras glorias pátrias. Y allí, en aquella gran Basílica, junto á aquellos restos venerandos, cuya autenticidad aparece ya confirmada por la Suprema Autoridad Apostólica, harémos frecuentemente memoria de vosotros.

Servirános asimismo de consuelo, al haber de separarnos, la grata consideración de que no os dejamos en orfandad trabajosa, pues que la Providencia os ha preparado ya un dignísimo Pastor, en el cual, segun pregona la fama, concurren cualidades muy relevantes. Y vosotros, A. H. N., le recibiréis sin duda como á enviado de Dios, que así lo es; y le haréis soportable con vuestra docilidad su gravísima carga, cuyo

peso solo siente quien ya la tiene encima.

Os lo encarecemos. Mostráos sumisos á su voz, y seguidle con fidelidad indeclinable, que ese y no otro es el verdadero camino: camino expedito, desembarazado, seguro y no dudoso: camino, que con insistencia inculca en todo tiempo y ocasión, y por nuestro conducto os recomendamos á vosotros singularmente Nuestro Santísimo Padre León XIII. *Haec est via*, os decimos, pues; *ambulate in ea*.

Precaveos contra toda seducción y cerrad vuestros oídos á siniestras sugerencias, que hoy por doquiera se multiplican para perder las almas, haciéndoles odiosa la disciplina, y pintándoles como tiránico y opresor todo yugo, por suave que sea, de legítima autoridad. Y ¿porqué disimularlo, A. H. N.? No faltan aun entre vosotros, en este país de religiosidad tan probada, quienes no concibiendo sino aquella obediencia servil que es hija del temor, y desconociendo por completo la sugerida por deber de conciencia, menosprecian la autoridad de la Iglesia; como si, por no hacer uso de fuerza bruta, dejase de ser inviolable y sagrada y, dentro de su esfera de acción, independiente de las demás potestades de la tierra. No hay que perder de vista que, si nuestra santa milicia desdeña las armas materiales, no deja de tener otras po-

derosísimas en Dios y en gran manera terribles para el que tiene siquiera un resto de fé cristiana. No las hemos empleado ciertamente... Salva una sola excepción harto justificada, Nos hemos abstenido de echar mano de recursos extremos, á pesar de haber visto, como aun vemos en ciertas localidades, atropellados los fueros de la Religión: no es de severidad de lo que tendremos que dar cuenta á Dios en el tremendo juicio, sino de exceso de lenidad y de tolerancia. Duélenos por lo mismo mas acerbamente tales desafueros: y duélenos ¿porqué no decirlo? el retraimiento bastante comun de los santos Sacramentos; y duélenos tanto olvido de Dios por parte de muchos hombres, los cuales, esperándolo todo de sí mismos, para nada cuentan con la Providencia; y duélenos el ver profanados los días santos por una vil codicia con mengua y escarnio de la Religión; y duélenos, en fin, otras mil prevaricaciones, en que caen y se euredan, con pérdida de sus almas, muchas personas, que blasonan de católicas; ya que en orden á las que no lo son, Nos aquietemos con exclamar: ¿qué tengo yo que ver con los que no me pertenecen? *Quid mihi de iis, qui foris sunt; iudicare?*

No escribimos A. H. N; tales cosas, para confundiros, os diremos con el grande Apóstol, cuyas son estas y las antedichas palabras subraya-

das, sino para amonestaros como á hijos carísimos, por si estas últimas quejas amorosas de un padre, que se ausenta con el corazón lacerado, pudieran ser tal vez de algun efecto. Por las entrañas de Jesucristo rogamos á los que así obran, que entren dentro de si mismo y vengán á mejor acuerdo. No: A. H. N., no os contenteis con ser cristianos en el nombre; sedlo en la realidad. No os deis por satisfechos por custodiar ceulto en vuestros corazones el depósito sagrado de nuestra fé; haced antes bien público alarde de vuestras creencias, como que constituyen el mas rico legado de vuestros mayores; ni creais haber cumplido con profesarlas sin rebozo, si no obráreis de conformidad con ellas; que *la fe sin las obras está muerta*. Ni os imagineis haber hecho lo bastante con oír respetuosamente las palabras de la ley: que no los que la oyen se justifican, sino aquellos que la cumplen. Ni os figureis, en fin, que todo queda hecho y nada os resta que hacer con poseeros de entusiasmo religioso y exclamar: ¡Señor, Señor!; que no todos los que así claman; dice el divino Salvador, han de entrar en el Reino de los Cielos, sino *los que hacen la voluntad del Padre celestial*.

Hacedla, pues, vosotros, y que ella sea vuestra comida y vuestra bebida, como decia de Si propio Aquel su Hijo benditísimo vestido

de nuestra carne para redimirnos y ofrecernos ejemplos de toda virtud. Guardad, en una palabra, los mandamientos de Dios; pero guardad tambien y cumplid fidelísimamente los de la Santa Iglesia, por El constituida para dirigirnos, santificarnos y salvarnos. Oid sus enseñanzas; acatad y obedeced sus disposiciones. Este es el camino, volveremos á deciros: esta es la única senda salvadora; caminad en ella, adelantad en ella: *Haec est via...*

Para que así sea, y que, emprendiéndola resueltos, la sigais con perseverancia hasta obtener la vida eterna, y ver en el Cielo, como así lo esperamos, al que fué vuestro amantísimo Pastor, recibid ahora nuestra santa bendición, que, con entrañable afecto y con lágrimas en los ojos, os damos por vez última en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo. † Amen.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Orihuela á 15 de Julio de 1886—† VICTORIANO, Obispo de Orihuela, preconizado Arzobispo de Santiago.— Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor, Doctor Victoriano Guisasola y Menendez; Maestrescuela Secretario.

NECESIDAD DE UNA RELIGION.

Tened al Señor y dadle honra (Libro del Apocalipsis, Cap. XIV).

Es necesario honrar á Dios, es decir, conocerle, amarle y servirle. La Religión consiste en dar á Dios el culto soberano que le es debido. Este culto es un humilde homenaje que se rinde á Dios como á Ser Supremo y se lo debemos por sus infinitas perfecciones y por los beneficios de que nos ha colmado. Dios es el Soberano Señor de todas las cosas; le pertenecemos por muchos más títulos que un esclavo pertenece á su señor; debemos, pues, servirle y hacer su voluntad en todo. Dios es infinitamente grande, infinitamente justo é infinitamente poderoso; le bebemos respetar y temer. Dios es infinitamente bueno, debemos amarle y entregarnos á Él. Bien sabes, querido Teófilo, que Dios te ha hecho lo que eres; todo lo que tienes de Él lo has recibido; Él te ha criado, te conserva y no ha cesado de derramar beneficios sobre tí desde que estás en el mundo. Todas las preeminencias de que gozas ya en el alma ya en el cuerpo las debes á su mano bienhechora. Su amor hacia tí todavía no está satisfecho; Él te prepara bienes infinitamente más preciosos que los que ya te ha regalado; quiere hacerte eternamente feliz. Le debes incomparable-

mente más que un hijo á su padre. Es por consiguiente para tí un deber imprescindible, honrarle, amarle y servirle. ¿Qué juicio formarías de un hijo desnaturalizado, que no tuviese más que indiferencia para un padre el más tierno, para el mayor de los padres? ¿No le mirarías como si fuese un monstruo? ¿Qué calificación darás, pues, á un hombre que rehusa á Dios el culto que le es debido por tantos títulos? En vano se dirá que Dios es demasiado grande, que está muy por cima de nosotros para interesarse en el honor que nosotros le ofrezcamos. Dios, sin duda, no necesita de nuestros homenajes; pero es justo y quiere lo que es conforme á la razón, á la equidad, al orden, y en el orden está el que la criatura honre á su criador y le manifieste su gratitud: Dios, por consiguiente, exige que le honremos, no porque esto le reporte ventaja alguna, sino porque es en nosotros un deber que tenemos que cumplir. ¿se concibe que Dios haya hecho al hombre capaz de conocer y amar á su Autor, sin exigirle que cumpla con esa obligación esencial? ¿Podrá un padre dispensar á su hijo de que le manifieste su respeto y su amor? Hé ahí lo bastante, mi querido Teófilo, para convencerte de que debemos á Dios y que Dios exige de nosotros un culto religioso. ¿Pero cuál á es ese culto? Esto es lo que ahora necesito explicarte. En primer lugar

debemos á Dios un culto interno, que consiste en reconocerle y amarle. Este reconocimiento y este amor de Dios son los que constituyen la esencia de la Religión; sin este homenaje del espíritu y del corazón no se puede honrar á la divinidad. «Dios es espíritu, dice el Señor, es necesario honrarle en espíritu y en verdad.» En segundo lugar debemos á Dios un culto exterior y sensible, es decir, tenemos que manifestar al exterior esos sentimientos de nuestro corazón. Dios es quien ha criado nuestro cuerpo, así como nuestra alma; el cuerpo debe pues honrar á Dios á su manera y concurrir con el alma á rendirle homenaje. Si fuésemos puros, espíritus, nuestra Religión sería toda interna: pero como somos espíritus unidos á cuerpos, faltaría algo al culto que ofreciésemos á Dios, si el cuerpo no tomase parte en aquel. Eso no es posible, pues por poco que nos observemos á nosotros mismos se ve que nunca es afectada el alma por un sentimiento, sin que inmediatamente este sentimiento no se represente al exterior por medio de ciertas acciones, que son como sus signos é intérpretes. Figúrate un hombre penetrado de respeto y de amor hacia Dios, lleno de admiración por sus perfecciones, de reconocimiento á sus beneficios y de confianza en su bondad y le verás ya humildemente prosternado delante de Dios, ya cantando sus ala-

banzas, ó ya levantando sus manos y sus ojos al Cielo, y si tú te hallases en aquella feliz situación, amado Teófilo, harías igual manifestación exterior con las mismas acciones.

Además es necesario un culto público, porque estando los hombres destinados á vivir en sociedad, deben reunirse para bendecir y adorar en sociedad á aquel que los ha criado á todos. Sin un culto público la Religión no puede subsistir largo tiempo entre los hombres, porque necesitan edificarse mutuamente y excitarse los unos á los otros al cumplimiento de sus deberes. Por eso desde el principio del mundo se han reunido los hombres para ofrecer todos á la vez sus homenajes y sus votos al Señor. En todas partes se ve un culto tributado á la divinidad en nombre de los pueblos. La misma luz que descubre al hombre la existencia de Dios, le hace patente la obligación en que está de honrarle. Este culto será diferente según los diferentes pueblos, pero en todas partes tiene el mismo fundamento, esto, es, la necesidad de ensalzar el poder supremo de quien dependen, ¡Tan cierto es que el hombre oye incesantemente dentro de sí mismo una voz que le dice: que fuera de Él hay un soberano Señor á quien debe el tributo de sus homenajes!

Lo comprendo ¡Dios mio! No habeis hecho al hombre sino para vuestra gloria, y su deber más

esencial es rendiros un culto religioso. Yo no estoy en este mundo más que para concceros, para amaros y para serviros. Todo cuando poseo lo he recibido de Vos, nada más justo que yo lo consagre á vuestro servicio. Todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo deben emplearse en vuestra gloria: mi entendimiento en concceros, mi corazón en amaros y mi lengua en bendeciros y alabaros. ¡Ah! ¿qué otra criatura os ha de rendir, Dios mio, el homenaje que se os debe? Sin el hombre toda la naturaleza está muda; al hombre, pues, corresponde daros en su nombre acción de gracias, al hombre corresponde pagaros el tributo de gratitud y de adoración que os deben todas las demás criaturas. He ahí mi destino. Vos habeis hecho todo lo demás para uso del hombre, pero quereis que todo lo encamine á vuestra gloria y que á ella se dirija el mismo también. Convencido estoy, Dios mio; mi felicidad consiste en cumplir este deber. No puedo ser feliz, sino uniéndome á Vos; cualquiera otro objeto no puede llenar los deseos de mi corazón. Vos sois la fuente de los verdaderos bienes; no hay otra ciencia necesaria que la de concceros, otro placer sólido que el amaros, ni otra gloria que serviros.

Aplicación. Consagrarlo todo á Dios.

LA MEJOR VISITA.

La Madre del Mesías y la madre del Bautista han cambiado sus saludos de profunda humildad, de cordial alegría y de dulce caridad: se han comunicado los grandes pensamientos que abrigan sus corazones. Se calman las emociones y por espacio de tres meses, tiempo misterioso, que ellas pasan juntas bajo el techo bendito de Zacarías, las dos santas madres viven tranquilas y recogidas. ¡Cuán agradable sería á los ojos de Dios esta vida llena de emociones santas!

¡Figurémonos cuáles serían sus conversaciones! Su voz sin tono de mundo, sus gestos acompasados y llenos de modestia, sus palabras contadas, meditadas y sin estrépito, todo indica claramente la instrucción de que estaban dotadas las dos más distinguidas Señoras que han visto los cielos y la tierra. ¿Quién podría decirnos que hablaban? Nada reza el Evangelio sobre el particular, pero los ángeles santos que las admiraban y reverenciaban en sus coloquios nos lo podrán decir.

Compárense estos dulces razonamientos con la chismosa garrulería de muchas vecinas y amigas que no pueden prescindir de sus cotidianas visitas á las personas del mundo, mientras les falta tiempo por todo lo útil y provechoso para el alma y no pueden entretenerse en conver-

sar con Jesús y María no en su propia morada morada, porque sería pedir demasiado el querer que algunos cristianos fueran diariamente al templo, sino en todo lugar y situación en que se halle una de estas personas puudonorosas que por nada faltarían al mundo, mientras con tan desparpajo faltan al primero de sus deberes, que es la visita por medio del Rosario.

Sin duda la conversación que ocupó el entendimiento de estas generosas y santísimas personas María y Elisabeth, sería lo mas sublime y elevado que imaginarse pueda. Tres meses estuvo la santísima Virgen en casa de Zacarías, prestando los mas humildes servicios á su prima y hablando siempre y únicamente de Dios que llevaba en su castísimo seno y de los beneficios inmensos que venía á dispensar á la humanidad.

Su conducta ajustada á la grandeza de la situación que ocupaban, las hacía porfiar sobre quien sería mas humilde. Lejos de sentir la menor complacencia en los grandes favores que han recibido, ni áun se los dicen, ni los saben sino por el Espíritu Santo. La una se reconoce indigna de ser visitada por la Madre de Dios, la otra hace todos los esfuerzos imaginables por aparecer la mas humilde y viendo no podía declinar la gloria de que estaba adornada como hija preferida, esposa privilegiada y madre santísima del

Eterno, prorumpió en aquel tan significativo *Magnificat* que es el mayor elogio que puede hacerse de la grandeza infinita.

Mi alma bendice y alaba al Señor porque ha hecho en mí cosas grandes, dice María en el colmo de la satisfacción, aceptando los homenajes que le tributa Elisabeth, no para sí sino para Dios, *que se ha dignado,* continúa admirada, *poner los ojos en la bajeza de su esclava* Pretendiendo ocultarse más y más tras el velo de la humildad, añade que todas las generaciones la llamarán bienaventurada porque son dignas de aplauso y veneración las cosas grandes que Dios ha hecho en ella. Estas cosas son la materia de su cántico y que dan testimonio de la grandeza del poderío y de la misericordia del Altísimo; pero estas grandes cosas están en María, son Ella misma; porque son inseparables de su divina Maternidad. No es posible, según este epitalamio sagrado, alabar á Dios sin alabar á María; tanto es la íntima relación que contienen estas verdades.

Casi podríamos decir que este hermoso y sonoro cántico que la Iglesia repite sin cesar tiene mucha afinidad con el Rosario, con cuya santísima plegaria se alaba á la santísima Virgen con diez salutaciones angélicas que son una mística parodia de los diez versículos del *Magnificat* y se glorifica á Dios re-

pasando y meditando los misterios ó pasos mas notables de la vida de Jesucristo, y pronunciando las oraciones del Pater y Ave que son un monumento de eterna alabanza para Dios que las compuso y Maria que las motivó.

Vsitó Gabriel á la santa y humilde doncella de Nazaret y el Mesías entró en el mundo, visitó Maria á Elisabeth y la gracia purificó al Bautista: una y otra visita hechas sin fausto ni aparato mundano produjeron la oración mas sublime á la par que consoladora y meritoria que puede concebir el entendimiento humano. ¿Y las visitas que se hacen en el gran mundo qué efecto producen? Ninguno de bueno mientras la pedanteria que que distingue á algunos de nuestros conciudadanos se entretiene en enmendar la plana al Papa y ¡santoscielos! á Dios mismo.

Si se estudiara seriamente sobre las enseñanzas, que como de un foco luminoso irradian de este segundo misterio de gozo, otra seria la sociedad que fluctúa guiada con la ténue luz de la fé, entre la vacilación y la indiferencia como una nave sin velas entre las borrascosas ondas del Océano. Muchas personas se avergüenzan y se cansan de aparecer devotas pero no temen ni se fatigan prestando obsequios al mundo.

Sin hacer especial mención de tantos y cuantas que pasan el tiem-

po haciendo visitas impertinentes, aconsejamos á los Celadores y Celadoras del Rosario-Viviente que, imitando á Maria, á cuya altísima Señora sirven, no se causen de visitar á sus asociadas como deben una vez por mes animándolas á la continuación del rezo.

LA MASONERIA

FAUTORA DE CORRUPCIÓN.

La *Traslogia Suprema* resume así su propaganda inmoral:

«Lo que hemos emprendido es una corrupción en grande escala... La corrupción que nos permitirá un dia llevar la Iglesia al Sepulcro.

Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir la mujer.

Sea así: pero no pudiendo suprimirla, corrompamosla para la Iglesia.

El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros.

El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupción.

Adelante, pues, hasta el fin.»

Esto es repugnante, esto es el colmo de la desvergüenza más cínica.

Pero hé aquí la causa y el promotor universal de esa invasión espantosa de degradación y corrupción que alardea sin ninguna clase de pudor y miramientos en la prensa, en los teatros, en las bellas artes pros-

titudas por un indecente naturalismo, en las instituciones antes de moralidad, como las comedia y la tragedia; en las novelas esencialmente inmorales, en los cuadros, en los muebles y hasta en los cajas de fósforos, de manera que les *masas respiran la corrupción por los cinco sentidos*, como se propone la Masonería, con tal de *descatolizar* á los pueblos; y mientras se desprecia y persigue á las vírgenes del santuario como gangrena social y víctimas del fanatismo, se pone en honor la prostitución y se la patrocina con tal cinismo, que se la considera como el auxiliar más poderoso de la Masonería, hasta el punto de que en el Gran Oriente de Francia se declaró solemnemente ese consorcio inmoral:

«La Masonería y la *prostitución* trabajan de consuno como dos presidiarios unidos por la misma cadena.»

Véase, pues, si tenía razón M. Dupin, redactor del diario poco sospechoso para la Masonería, *Los Debates*:

«Una mano secreta empuja las masas á la corrupción, y la influencia masónica ha inspirado esos innumerables manejos é instrumentos de perdición y desorganización, á fin de reducir de la teoría á la práctica el desprecio de todo vinculo social, de todo deber doméstico y civil, de todo sentimiento moral y religioso.»

Véanse los teatros convertidos en escuela de corrupción y de libertinaje deshonrando las virtudes más santas con la *intención patente* y manifiesta de hacer amar, admirar *el duelo, el suicidio, el asesinato, el parricidio, el envenenamiento, el rapto, la violación, el adulterio, el incesto y la impiedad* hasta el delirio; preconizando estos mismos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, como un heroísmo y un progreso de las almas grandes que se elevan por encima de las virtudes de los idiotas, de la religión de los simples y de la humanidad del común del pueblo.

«Y esta literatura envenenada, completamente masónica nos conduce por medio de la corrupción á la barbarie.»

Hoy día el crimen del suicidio ha descendido hasta la clase obrera: se comete muchas veces hasta por motivos frívolos y se multiplica con una sorprendente rapidez; el contagio ha pasado del sexo fuerte al sexo débil, desde la adolescencia hasta la vejez.»

Hasta este grado ha llegado la corrupción social, tan espantoso que el H. Vindice, después de declarar al H. Nubius que la táctica de corromper producía admirables efectos en el sentido de *descatolizar* á los pueblos, manifiesta el temor de que las iras del populacho corrompido

llegasen á convertir en víctimas á los mismos masones.

¡Pobre pueblo, pobre sociedad! Los que invocan la filantropía y la ilustración para hacer guerra á la Iglesia y ganáros como adeptos, buscan vuestra corrupción y degradación.

Y ¿no es verdad, hombres que aún sois sensatos que á medida que mengua en una sociedad ó familia la influencia práctica de la religión santa de Jesucristo, aumenta la corrupción y se extinguen los sentimientos morales y religiosos hasta no vivir sino de una vida pagana y sensualista?

¡Qué hermosa vindicación para el catolicismo! No se le puede desterrar de un corazón y de una sociedad sino sustituyéndole por la corrupción.

Yo te adoro, religión bendita, porque tu no puedes vivir unida con la corrupción.

Cuando más perseguida te veo, más te amo, pues muestras cumplidamente que eres hija del cielo y el culto más divino y más puro que existe sobre la tierra; si así no fuera, no te odiarían los que para dominar corrompen los pueblos.

(*Católicos y Masones del Dr. Soler.*)

El venerable y virtuoso señor Obispo de Zamora, ha dirigido á sus amados diocesanos una circular, participándoles la grata nueva de que en el antiguo convento de PP. Capuchinos de la Ciudad de Toro, cedido generosamente por el prelado, se van á establecer los hijos de la religión celestial de María, los PP. Mercenarios Descalzos, destinados á la heroica empresa de redimir cautivos.

El dignísimo y celoso Pastor se congratula de este feliz suceso, del cual espera conseguir beneficiosos y fructíferos resultados, para bien de la Iglesia y salvación de las almas.

Los católicos de Roma han establecido recientemente un Asilo donde se recogen por la noche los niños abandonados.

Monseñor Macchi, que en la actualidad es maestro de Cámara de Su Santidad, es el designado para sustituir á monseñor Theodoli en el importante cargo de mayordomo del Pontífice.

Se está investigando en Filadelfia, por disposición del señor Arzobispo Ryan, la vida y obras de su predecesor en aquella Diócesis, el señor Obispo Neuman, de quien se dice que poseía todas las virtudes de un

santo, y que en su tumba, situada en aquella ciudad, se han verificado curas milagrosas. Esta investigación se verifica por deseo de los Padres Redentoristas. Si llega á ser canonizado este varón apostólico, será el segundo que en América ha sido colocado en el catálogo de los Santos. El primero fué Santa Rosa, cuyo centenario acaba de celebrarse en Lima.

Su Santidad ha honrado recientemente con el título de «Protonario Apostólico *ad instar participantium*» al señor [Maestre-escuela de la Santa Iglesia de Orihuela y secretario de aquel Obispado, Dr. Guisasola y Menendez.

A LA ASUNCION

DE MARIA SANTÍSIMA.

Astitid Regina á dextris tuis.

El templo celeste
De bóveda inmensa
Abrese, y suspensa
La angélica grey,
Armónica tañe
Sus citharas de oro,
Aguardando en coro
La esposa del Rey.

Inundan la esfera
Torrentes de gloria,
La nueva victoria
Cual himno sonó:

Y el cantor de Pathmos
Pulsando su lira,
Mas absorto admira
A la que ya vió
Del sol revestida,
Y bajo sus huellas
La luna, y de estrellas
Su frente radiar:

Y entrar en el templo
Dó Jehova reposa,
Y el arca preciosa
Servirle de altar.

Los que en las alturas
Del cielo moraron,
Y no se apartaron
Del sòlio eternal,

¿Quién sube? preguntan,
Velando su cara,
¿A quién Dios prepara
Su trono real?

Y absortos oyendo
El himno á *María*,
Su voz de armonía
Vuela cual la luz

Y á la Madre Virgen
Del verbo humanado
De soles crinado
Recibe Jesús.

Ministros celestes
Su frente inclinando,
Su Reina aclamando
Con himnos de amor;

Profetas y Reyes
Cantan la ESCOGIDA,
Del jardin de vida
La más bella flor.

Cantan la que pura
No tocó el delito,
Y la que al precito
Vencedora holló,

Y la que humillada
Cual sierva obediente,
A altura potente
Dios trino ensalzó.

Cantan la que herida

Fué de dolor fiero,
 Viendo en el madero
 Al HIJO espirar;
 Y en Madre del hombre
 Tambien convertida,
 Su esperanza y vida
 Oyóse invocar.

Que del Dios airado
 Toma el rayo ardiente:

*Hijo mio! tente,
 Que mis hijos son.*

Y el voto recibe
 Del hombre aflijido,
 Y el hondo gemido
 Que clama ¡perdon!

L. R.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las ocho y media, la conventual.

En Santa María, á las ocho y media misa de renovacion.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media la conventual con sermon.

En Santa Maria, á las ocho y media tercia y misa conventual.

Jueves.—En las Capuchinas á las ocho y media de la mañana habrá misa cantada con exposición del Santísimo y sermon, á cargo del Pbro. D. Luis Calpena, de Novelda, en honor de su excelsa Fundadora la gloriosa santa Clara. Y por la tarde á las cuatro y media se dirá

el santo Trisagio, también con manifiesto.

Sábado.—En la misma Iglesia á las cuatro y media de la tarde se dará principio á la novena del glorioso S. Joaquin, Padre de la Santísima Virgen María, y despues de aquella la de la Asunción de dicha Señora á los cielos.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

LA PASTORAL

DEL

VENERABLE OBISPO DE PLASENCIA

CON UN PRÓLOGO

de D. Juan M. Orti y Lara

EDICION DE LUJO

CON EL RETRATO DE SU ILUSTRÍSIMA.

Precio en venta: una peseta. Para los suscritores á nuestro periódico: cincuenta céntimos.

Se vende en esta administracion.

ANUNCIO.

CLÁSE de Análisis lógico-gramatical, preparatoria para oposiciones á escuelas de instruccion primaria.

La dará en su casa, calle Mayor 63, 2.º, D. Vicente Calatayud y Bonmatí, Catedrático en este Instituto Provincial.

Honorarios; 15 pesetas al mes: Clase diaria.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva